

cacion primaria, debian no obstante corregirse en él algunos abusos por ser de absoluta necesidad. Así es que nadie se acordaba en los colegios de dedicarse al estudio de la lengua materna; sino que se limitaba á los niños al estudio del latín, pasaban los años en los autores griegos ó romanos, se les enseñaban por rutina las lenguas muertas, los hechos y costumbres, la geografía y la historia de los antiguos pueblos, infundiéndoles así un sentimiento de admiracion por Esparta ó por Roma. Habian seguido paso á paso las revoluciones de Atenas y Persia, mientras que ignoraban los acontecimientos de que habia sido teatro su propia patria. Sabian todas las fábulas que tenian relacion con los héroes de la antigüedad, al paso que los anales de Europa, así como los del mundo moderno, eran para ellos un libro cerrado y del que no habian visto una sola página. Los Jesuitas, que conocieron desde luego esta deplorable incuria, trataron, tan pronto como tuvieron un colegio á su disposicion, de tomar una útil y provechosa iniciativa. Las reglas XII, XVIII y XXVIII, concernientes á los profesores de clases inferiores, dieron al traste con tan rancias costumbres, encargando el estudio de la lengua del país, la pureza del lenguaje en las traducciones, una buena pronunciacion, la lectura, y luego comentar en alta voz los mejores autores nacionales. Lo que fue obligatorio para los niños, vino á serlo tambien para los jóvenes mas adelantados, como lo demuestra la regla I prescrita al profesor de retórica.

La experiencia habia decidido á los Jesuitas á hacer algunas innovaciones que deseaban fuesen en breve sancionadas por la misma experiencia; no recibieron estas fuerza de ley hasta despues de haber sido sometidas al ensayo. Cuando hubieron terminado los cinco Padres de la Comision sus trabajos sobre el *Ratio studiorum*, fue esto examinado y discutido por el General y sus asistentes; y luego en 25 de julio de 1832, dirigió el P. Roothaan la nueva edicion á todos los hijos de Loyola, escribiéndoles al propio tiempo para explicarles las causas que habian decidido al Instituto á conformar su antiguo método á las circunstancias presentes.

«¿Podríamos nosotros, en efecto, les decia en su carta, aprobar «y adoptar en nuestras escuelas todos los nuevos sistemas que de «cincuenta años á esta parte se han disputado sucesivamente el cam- «po de la enseñanza y la educacion de la juventud? ¿Cómo seria po- «sible que métodos que se combaten y excluyen entre sí viniesen á «ser el norte de nuestros trabajos?»

Al considerar los tristes resultados obtenidos por esa infinita variedad de sistemas en los estudios superiores, que hicieron olvidar la sana lógica y la severa dialéctica, y que, en las clases secundarias, tuvieron por único objeto enseñar artificialmente mucho en poco tiempo y con el menor trabajo posible, añade Roothaan: «Son «mucho menos métodos nuevos que invenciones funestas á la Reli- «gion, al Estado, y á la juventud. Si no nos es permitido, si no «puede convenirnos admitir esos nuevos métodos en lo que tienen de «contrario á la verdadera y sólida instruccion de la juventud y á los «fines que se propone la Orden de Jesús al procurarla, imposible «nos seria, aun aceptando esos sistemas, contentar á los innovadores, «puesto que no disienten menos entre sí de lo que disienten de los «antiguos, y que por lo mismo exigen tambien cosas opuestas y «que se repelen entre sí. Sin embargo, bajo ciertos puntos que no «afectan la esencia de una instruccion sana y recta, la exigencia de «los tiempos nos obliga á renunciar á los usos de nuestros padres. «Este prudente modo de obrar no nos está prohibido; antes por el «contrario podemos seguirlo por hallarse conforme á nuestra insti- «tuccion, la cual solo tiene por objeto la mayor gloria de Dios.

«Así es que muchos puntos que no eran discutidos en otro tiem- «po en las ciencias superiores, son hoy dia atacados con la mayor «vehemencia, y deben ser sostenidos con pruebas y razonamientos «sólidos. Otras cuestiones hay que serían en otro tiempo mas bien «para ejercitar los alumnos á la discusion que para hacer triunfar la «verdad; estas han sido hoy dia abandonadas para ocuparse en su «lugar de lo que es verdaderamente útil y necesario. Debe consa- «grarse mucho mas tiempo á las ciencias físicas y matemáticas; y si «nuestra Sociedad jamás consideró semejantes estudios como impro- «pios de su Instituto, ¿cómo podríamos descuidarlos nosotros hoy «dia cuando no podrian, sin ellos, conservar nuestras escuelas su «reputacion ni corresponder dignamente á la confianza pública?»

La mayor parte de las prescripciones del nuevo *Ratio studiorum* habian ya sido puestas en práctica antes de tener forma de ley. En los establecimientos escolares y en los colegios se habian hecho grandes innovaciones debidas al progreso y á la necesidad de los tiempos, sin descuidar empero nada de cuanto exigia una instruccion pura y sólida. Como antiguamente, estaban todos los jóvenes que entraban en la Sociedad de Jesús obligados ó sometidos á una prueba de dos años, la cual consistia en consagrarse enteramente á los

ejercicios de la vida ascética, á fin de inculcarles las virtudes religiosas. No se les exigian sentimientos ó apariencias de una piedad exterior, sino un verdadero fervor católico y una abnegacion enteramente cristiana. Transcurridos aquellos dos años de silencio y retiro, se entregaba el novicio, convertido ya en escolástico, con nuevo ardor al trabajo de la inteligencia. Si bien tenian los superiores la mision de inculcarle la virtud y el saber, pero no obstante dejaban á cada cual su carácter y la inclinacion particular de su talento. Durante el primer año del escolasticado, debia el novicio reparar sus estudios clásicos apenas bosquejados en los colegios. Luego se entregaba á aquellos estudios que tenian para él mas atractivo, desarrollando así bajo la vigilancia de experimentados maestros los talentos que debian impulsarle hácia la literatura ó las ciencias. Apenas cumplido aquel tiempo, llamado en la Compañía, Juvenato, empezaba el jóven jesuita su curso de regencia: y si anunciaba disposicion para la elocuencia del púlpito, si hacia presentir que habia nacido orador ó que tenia al menos todos los medios para poder serlo, se le confiaba por espacio de dos, tres ó mas años una clase de humanidades ó de retórica. Luego se le destinaba para la clase de teología, la cual le hacian regentar sus superiores durante algunos años á fin de madurar su razon y fortalecerle en los estudios sagrados. Los Padres de la antigua Compañía habian adquirido por medio de largos ensayos la prueba de que aquella laboriosa soledad era la sancion que debia darse á la elocuencia: Bourdaloue y todos los príncipes de la palabra lo habian experimentado, y por esto siguieron los nuevos Jesuitas su ejemplo. Dejábase por fin un año mas á los futuros oradores para alimentarse con los santos Padres y con todos los grandes modelos que les precedieron. Llenados estos preliminares, descubriase el hombre de energía y de conviccion por haber tenido ya el tiempo de meditar y profundizar las verdades eternas que iban á brotar de sus labios; sin lanzarse, como hijo extraviado de la inspiracion, en un púlpito donde á veces el culto de lo bello y de lo verdadero se ve sacrificado á quiméricas imposibilidades y á falaces utopias de alianza fraternal. Nótanse en el orador jesuita mas bien enseñanzas prácticas que teoría, sin que se le vea nunca entregarse á los desvíos del celo ni á las intemperancias de la improvisacion: en él son comprendidas todas las palabras, sin que se noten en todo su discurso una frase, una expresion, ni aun quizás un gesto, á los que pueda darse una falsa interpretacion. Seguro de

sí mismo como de sus preceptos, procura dominarse á sí mismo antes de dominar á los demás; siendo esta fuerza íntima la que hace á los discípulos del Instituto tan poderosos en presencia de tantas pasiones religiosas, políticas ó literarias, en las que les seria tan fácil conmovier para atraerse los aplausos de la multitud.

Trazada está ya la senda de los predicadores, sin que ofrezca mas dificultades el camino que los demás novicios deben seguir: los escolares que terminan los cuatro años de teología y que tienen marcada aptitud para alguna ciencia especial, sufren aun nuevas pruebas de trabajo y meditacion antes de abríseles el dilatado campo del ministerio de las almas. Encárganseles estas delicadas funciones en la madurez de la edad, y cuando no tienen necesidades ni ambicion alguna que satisfacer, por estarles prohibidas las dignidades de la Iglesia, por haber renunciado á ellas en virtud de sus votos; pudiendo así aparecer en el mundo como verdaderos guias del cristiano y modelos vivientes del sacerdote.

Al entrar en el noviciado los Padres de la Sociedad de Jesús, se sujetan á un plan de estudios y de conducta al cual no pueden hacer ningun cambio, ninguna modificacion, siendo el *Ratio studiorum* el código de los profesores, así como lo es tambien de los discípulos que frecuentan los colegios del Instituto. En un siglo en que los principios son, como las soberanias, puestos á cada momento en duda, no puede menos el método adoptado por los Jesuitas de ofrecer á las familias ventajas incontestables. Sin suponerlo mejor que el de las Universidades, debe no obstante confesarse que encerraba este método un germen de salvacion, teniendo por base una estabilidad que en vano se busca en parte alguna; no desatiende las mejoras ni los adelantos; antes por el contrario echa mano de ellos y los emplea en su unidad de miras, en su unidad de plan, en su perseverancia por el mismo camino. Los últimos aprovechan las luces de la experiencia de los que los precedieron; habiendo entre ellos una tradicion de familia para los medios que debian emplearse, y así los hombres como las ideas todo tiende á un mismo punto, todo marcha de comun acuerdo á un mismo objeto. Los Jesuitas, así en sus noviciados como en sus casas de educacion láica, no tienen ninguna vanidad que satisfacer, ningun interés que procurarse; hé aquí por qué no se exponen á ninguna oscilacion de partido ó de sistema, ni se agitan por asegurar el triunfo de sus ideas buenas ó malas, porque ya saben que el tiempo solo las legitimará. No llegan nunca al poder pa-

ra destruir lo que sus predecesores edificaron, y que como sucesores hipotéticos del Gobierno procuraron sostener en lo posible. La autoridad, que siempre debe ser una y respetada, no se deja discutir, absolver ni condenar públicamente: obra con reserva sin comprometerse, es prudente porque se ve fuerte, é inspira confianza á los demás, porque sabe tenerla en sí misma.

Conocen los Jesuitas el carácter de los niños; así es que no ignoran que para dominar su voluntad atolondrada es preciso respetar en parte su turbulencia natural y la que desarrolle en ellos el instinto de las revoluciones. De este modo habian gobernado las pasadas generaciones en aquellos siglos pasados de calma y de verdadera paz; nuevas causas han venido á afirmarles, aun mas enérgicamente, en este gran principio de seguridad. Nunca fue la educacion para los Jesuitas un estado ni medio de hacer fortuna, sino tan solo una necesidad social: quisieron mejorar la humanidad, y no especular con el deseo que cada hombre tiene de ver participar á sus hijos del beneficio de la instruccion pública. Libres de todo cuidado terreno, y hallando en esa juventud solícita, que acudia de todos los puntos á la vez, una familia y tiernos amigos, no llevaron los Jesuitas nunca sus votos mas allá del horizonte que se limitaba: insiguiendo el precepto de Horacio circunscribieron una grande esperanza en un estrecho círculo; y sin secundar miras ni ambicion personal, procuraron extender el reino de la virtud propagando el amor de los deberes y de las bellas letras.

Era en verdad una mision difícil, pero no por ello dejaron de darle honrosa cima. En el cuarto volúmen de esta historia hemos referido los medios é ingeniosos artificios que supieron poner en juego para convertir en placer ese árido trabajo al cual está la infancia condenada. Apenas se halló reconstituida la Sociedad de Jesús, cuando se vió á sus hijos mas distinguidos dedicarse con indecible dicha á la educacion de la juventud; así es que los que les sucedieron en aquel cargo se hicieron un deber en seguir sus huellas. Pronto los colegios del Instituto adquirieron una incontestable superioridad; con mérito igual entre los profesores universitarios y los de la Compañía, que es lo que se debe suponer, esa superioridad debia evidentemente resultar de la perfeccion siempre progresiva del plan así como de la estabilidad de los principios. Tanto en el colegio Romano como en Saint-Acheul¹, en Friburgo y en Clongowes, en

¹ Con maestros tan hábiles como los Jesuitas, las clases de los diferentes

Brugellette como en Madrid, en Nápoles como en Stonyhurst, en Turin y Polotsk, como en Génova y en Tarnopol, nunca se separaban los Jesuitas de la senda trazada. Esa apariencia de inmovilidad que vino á ser para los jóvenes una fuerza atractiva á la cual no osaron sustraerse, nunca impidió al Instituto tomar la iniciativa en todas las mejoras. Hasta dieron los discípulos de Loyola á la Universidad de Francia algunos preceptos que el filósofo Cousin, ministro enton-

establecimientos confiados al Instituto de Loyola se elevaron rápidamente al mas alto grado de prosperidad: tenemos en nuestro poder muchas composiciones sobre todos los objetos y en todas las lenguas, que demuestran hasta la evidencia esos progresos. Sin embargo, solo citaremos una que se remonta al año 1815: tal es la composicion titulada, *El pájaro en la clase*, que un alumno de retórica de Saint-Acheul, hoy el P. Albino Leroux, de la Compañía de Jesús, compuso bromeando, y que el *Hermes romanus* recogió como una buena fortuna. Esta pieza de versos latinos, que no desaprobarian muchos profesores, y que otro mayor número de ellos no podrian igualar, fue hecha con motivo de haber entrado un gorrión por la ventana en la sala de estudio.

« At diversi animi trahunt juventam.

Pars, sed rara tamen, fugit labores;...

Si qua forte oculos severus argus

Avertat, leve vulgus astutare,

Rauca parcere nec loquacitati:

At vir respiciat, silens, residunt.

Sed pars multa libris libenter acres

Sudant; nam culices, genus molestum,

Nequicquam volitant per ora circum:

Illos marmora stare dura credas.

Tum decepta locos per insuetos

Circumfertur avis volans vagansque.

Flectit mille vias, fugamque tentat

Mendaces, malesana, per fenestras:

Petebat vitro pipilans, et ungue

Et rostro, trepidantibusque pennis.

Vulgus, tunc operum immemor, volucrem,

Vestigans oculis, hiabat ore:

Necnon undique passerem ad misellum

Carthæ, pileoli, libri volabant,

Et per scamna susurrulus strepebat,

At custos rigidus cathedra ab alta,

Vultu, voce, manu increpat, minatur,

Incassum! ora animosque captat ales.

Romanum populum tumultuantem

Frustra non secus ipse sæpe consul

Tentabat retinere, jactitando

Seyas terribili manu secures.

En passer pueri in sinum, vigore

Effecto, cadit...»

ces de Instrucción pública, procuró adoptar, ocultando á todas las miradas el origen de aquellos modelos. Aplicaban los Jesuitas sin rumor las innovaciones que su experiencia les hacia creer útiles, sin que sacaran de ellas otro partido que el bien de la juventud; al paso que otros explotaban sus ideas para la gloria del amor propio ministerial.

Así es que en 1838 formularon los Padres del colegio de Brugelette en Bélgica un nuevo plan de estudios que publicaron en 1839: hélo aquí en toda su sencillez:

«La enseñanza se divide en tres cursos principales:

«El *curso preparatorio*, que comprende los elementos de gramática francesa, historia, geografía, aritmética, y los primeros principios de la lengua latina. Deberá durar este curso todo el tiempo necesario, ó sea hasta que el niño sepa escribir correctamente su lengua, y que esté su inteligencia bastante desarrollada para emprender el estudio de las letras.—Los jóvenes educandos de este curso siguen un reglamento propio de su edad.

«El *curso de las letras*, que comprende la gramática, poesía y elocuencia. Debe estudiarse la gramática por espacio de tres á cuatro años, según la capacidad y progresos del discípulo, el cual aprenderá entonces las lenguas francesa, latina y griega; consagrándose los dos años siguientes á la poesía y la elocuencia. Se enseña la aritmética en las clases de gramática, los elementos de álgebra y de geometría en las de humanidades, y la historia y la geografía mientras dure el curso. Se procurarán toda clase de profesores de lenguas modernas á los que deseen dedicarse á este estudio, con tal que sean juzgados aptos para hacerlo con aprovechamiento.

«El *curso de las ciencias*, que es de dos años. Comprende los cursos de filosofía, matemáticas, física, química é historia natural particulares á cada año, y conferencias sobre la Religión, la historia y la literatura, comunes á los dos años.

«Un gabinete de física, un laboratorio de química, colecciones de mineralogía, de conchilología y zoología, ofrecen á los alumnos medio de estudiar con tanto interés como fruto las ciencias físicas y naturales.

«Si se presentase un número suficiente de jóvenes para formar tercera clase de filosofía, deberían hacerse seguir los cursos especiales que se indican en el programa general del curso de estudios del Colegio.»

Mr. Cousin, canciller de la Universidad, era el antagonista sistemático de los Jesuitas; con todo, no pudo menos de adoptar aquel plan tan sábiamente concebido, aunque procuró ocultarlo bajo palabras más sonoras, al trazarlo como si fuera obra suya. Mr. Villemain, que le sucedió en el Ministerio, procuró desde luego separarse ó anular el plan que su predecesor en su conjunto y detalles habia adoptado de los discípulos de Loyola. En 27 de agosto de 1840 dirigió Mr. Cousin á los directores de las academias una circular en la cual hacia conocer el nuevo reglamento de estudios que debía seguirse en los colegios reales y en los comunales que se hallasen en pleno ejercicio. Esta circular, débil paráfrasis del plan de los Jesuitas de Brugelette, estaba concebida en estos términos:

«Señor Rector, debo llamar vuestra atención respecto de las modificaciones hechas en el Reglamento de estudios de los colegios en virtud del decreto que os comunico.

«Es incontestable que la educación no es verdadera ni completa, si no abraza, con los estudios clásicos propiamente dichos, suficientes conocimientos de matemáticas, física, química é historia natural. Pero ¿cómo es posible que la enseñanza científica pueda combinarse con la enseñanza literaria en la economía del colegio? Tal es el problema muchas veces presentado, y siempre diversamente resuelto: hé aquí la práctica actual:

«En los colegios de París se enseñará la historia natural en el quinto y sexto años; así como en los colegios de provincia en el tercero. La aritmética se enseñará en París en el cuarto y en el tercero en los departamentos; la geometría en el tercero y en el segundo en París, y solamente en el segundo en los departamentos; la química en el segundo en París solamente, y la cosmografía en el curso de retórica en todos los colegios. Finalmente en todas partes corresponde el curso de física al año de filosofía; porque ya comprenderéis, señor Rector, que las clases de matemáticas elementales y las matemáticas superiores están particularmente reservadas para los alumnos destinados á las escuelas especiales, y son más bien anexas que íntimamente unidas al colegio. En rigor no deben, pues, contarse en el curso ordinario de los estudios, cuyo fin es el bachillerato: á más de que es evidente hasta en teoría, que este plan de estudios científicos y clásicos es enteramente defectuoso. La química enseñada dos años antes que la física es una verdadera anomalía: la historia en el sexto año es cuando menos

«inútil, por ser ya enteramente olvidada cuando se estudia física y filosofía. La enseñanza de la aritmética y de la geometría en el tercero y en el segundo confunde los estudios tan variados de griego, latín, francés é historia de lenguas vivas, para los cuales son apenas suficientes estas dos clases. Finalmente despues del segundo cesa toda enseñanza de matemáticas, casualmente en tiempo en que la edad de los educandos y las fuerzas crecientes de su espíritu les harian esta enseñanza mas útil y conveniente.

«Tales son las objeciones sólidas que hace la teoría á la combinacion actual, objeciones que todas quedan confirmadas por la experiencia de muchos años. Dos puntos son los que quedan hoy día fuera de toda duda, segun las relaciones de los inspectores generales y de los provisosres :

«1.º Las partes de enseñanza científicas repartidas desde la sexta clase hasta la retórica inclusive no producen ningun buen resultado ; 2.º esta enseñanza accesoria, infructuosa en sí misma, perjudica considerablemente los estudios clásicos ; por lo que, señor Rector, ha sido preciso buscar otra combinacion.

«Es un principio reconocido el que los estudios deben ser proporcionados á la edad de los discípulos. Es tambien otro principio reconocido que en una misma edad deben ser todos los estudios análogos, á fin de producir una impresion mas viva y duradera. Hé aquí por qué la experiencia general ha señalado primero los estudios clásicos, con tanta propiedad llamados humanidades, porque forman al hombre y cultivan á la vez en él la memoria, la imaginacion, el talento y el corazon. La filosofía, las matemáticas y las ciencias físicas y naturales deben seguir despues, por ser mas propias y adecuadas á la reflexion naciente. Tal me ha parecido el plan verdadero y regular de los estudios del colegio ; por lo tanto no he titubeado en suprimir todos los accesorios científicos distribuidos desde la sexta clase hasta la retórica, á fin de robustecer por este medio la enseñanza clásica ; asimismo he reunido en el año de filosofía toda la enseñanza científica que viene á ser entonces mas importante y seria. Habrá tres clases semanales de matemáticas, la química estará comprendida con la física y con la historia natural ; y estas diversas enseñanzas, unidas á la filosofía, se prestarán un mútuo apoyo, y prepararán á los alumnos para el bachillerato.

«Este plan, señor Rector, seria completo y definitivo si institu-

«yese dos años de filosofía, en lugar de uno solo. Entonces las diferentes enseñanzas reunidas en este solo año se desenvolverian mejor y podrian hacerse obligatorias á todos los discípulos. Esta adición de un año podria ser útilmente compensada con la supresion de una de esas clases elementales, en las cuales es tal vez prematuro el estudio del latín. Me parece que seis años de estudios desde la sexta clase hasta la retórica, junto con el curso preparatorio de la séptima, deberian ser suficientes. Las clases que se han establecido en diferentes colegios bajo el nombre de octava y hasta de novena, deben ser completamente libres de todo estudio latín, y ofrecer una instruccion primaria de un orden elevado, á fin de complacer á las familias que no quieren enviar sus hijos á las escuelas ordinarias.»

Una sola diferencia existe entre estos dos planes de educacion, que no redunda por cierto en ventaja de Mr. Cousin, al cual no le impide su eclecticismo prohijar las ideas de algunos oscuros discípulos de san Ignacio. Consistia esta diferencia en que en lugar de suprimir enteramente las lecciones de matemáticas, física, química é historia natural en las clases inferiores para agregarlas á la filosofía, quieren los Padres de Brugelette que se den á los niños nociones elementales de aritmética usual y de geografía, nociones indispensables á toda edad. Prescindiendo de este ligero cambio, que fue tal vez un cálculo, era el proyecto de Mr. Cousin enteramente igual al de los Jesuitas ; y si no ha habido remedo, debe al menos confesarse que no están los Padres de la Compañía tan atrasados en materia de educacion, cuando adelantan en esta via de progresos al gran Canciller de la Universidad y al elocuente traductor de Platon, su adversario.

El Ministro de Instruccion pública en Francia hizo á los Jesuitas un homenaje tácito: en el mes de marzo de 1845, la *Gaceta de Instruccion pública* se expresó con bastante franqueza, al examinar el curso de estudios del colegio y del pensionado de Friburgo, puesto que se atrevió á decir: «Véase que no carece de extension ni variedad. Si por una parte son poco conocidas las obras teóricas adoptadas para la enseñanza de las lenguas, obras que no se siguen en nuestros colegios; debe reconocerse por otra parte que ofrece en su conjunto este curso de estudios algunas notables mejoras, y que llena diferentes vacíos que se notan en nuestra enseñanza universitaria.»